

# Retrats

TERESA ESCARTÍN\*

---

## María Zambrano

Aseguran algunos que la vida de María Zambrano, como puede decirse en cierto sentido de casi todas las vidas, fue larga y azarosa; lo primero parece indiscutible: murió en Madrid la tarde del seis de febrero de 1991 a los 86 años de edad. Lo segundo ha sido discutido; frente a quienes aseguran que vivió con intensidad «su vida como un camino iniciático, una larga peregrinación interior quebrada por el exilio exterior» (I. de la Fuente) errante y pobre, se sitúan los que hablan de ella como de una «espectadora» ajena incluso al propio vivir: «No supo nunca realmente cuál era el contenido del amor o la muerte. Retablo ciego el suyo. Jamás entró, por terror, al fondo oscuro de la humana experiencia» (J.A. Valente: *La doble muerte de María Zambrano*).

Había llegado a este mundo en Vélez Málaga el 22 de abril de 1904 (día que no recibía por primera vez a un filósofo, pues también Kant —tan diferente, filósofo él de «transpiración», ella más bien de «inspiración»— había nacido, tiempo atrás, otro 22 de abril), hija del pensador y pedagogo Blas José Zambrano y de Araceli Alarcón, maestra también. Muy pronto, cuando María tenía cuatro años, se trasladó su familia a Madrid y enseguida a Segovia, donde fue su padre catedrático de Gramática Castellana; allí estudió el Bachillerato, y ella misma confiesa que estos años de adolescencia vividos al amparo de la gran amistad de su padre con don Antonio Machado fueron de una gran importancia en su vida, y allí nació, en 1911, su hermana Araceli, tal vez la mitad de su propio ser, dándole «la alegría más grande de mi vida». Un nuevo traslado llevó a Madrid a la familia Zambrano en el año 1924: «María zambrano vivía en el Madrid viejo, en la plaza del conde de Barajas, en una casa acogedora y llena de libros. A los amigos nos recibía los domingos por la tarde y nos daba una taza de té. Yo asistía atónito a su tertulia, en la que conocí a Miguel Hernández [...]. María me daba mucha beligerancia y hasta me dejaba hablar; no así todos sus contertulios, a algunos de los cuales diagnosticué de pedantes y engolados sin mayor esfuerzo» (C.J. Cela: *Lejanos recuerdos*). En Madrid completó María

\* Profesora de Filosofía del I.B. «Penyagolosa» de Castellón.

sus estudios de Filosofía y Letras y asistió, desde el primer momento de su llegada, a las clases de Ortega y Gasset, García Morente y Javier Zubiri. El maestro Ortega introduce a la joven en la vida intelectual madrileña y ella asiste asiduamente a la tertulia de la *Revista de Occidente* y completa, en 1927, la carrera de Filosofía. Son éstos unos años de intensa actividad intelectual y política en sentido amplio: colaboraciones en diversos periódicos, ingreso en la Federación Universitaria Española, constitución de la Liga de Educación Social, etc.

Se publica el primer libro de María Zambrano, *Nuevo Liberalismo*, el año 1930, y en 1931 (hasta 1936) la encontramos como profesora auxiliar de la cátedra de Metafísica en la Universidad Central y como profesora, también, del Instituto Escuela y de la Residencia para Jóvenes: «Yo conservo una visión fugaz de aquella joven profesora, cuyo nombre era ya famoso. Un día vino a nuestra clase a sustituir al señor Aznar, y dio una lección de Estética. Apenas recuerdo nada del contenido, y sí veo su imagen delgada y elegante, con su traje color teja, ceñido, a la moda de aquel tiempo, y su perfil, afilado. Hablaba apoyando la mano izquierda en la cadera, y al decir la palabra "Estética" echaba la cabeza hacia atrás. Si al principio nos sonreíamos al ver lo estéticamente que explicaba la lección, con aquel gesto suyo de jovencísima profesora *art-decò*, luego atendíamos encantadas por la fluidez de sus explicaciones y su divagar filosófico. Comprenderla era lo de menos. Eso vendría después» (C. Bravo-Villasante: *Visión fugaz de María Zambrano*).

Por estos mismos años trabaja en la que será su tesis doctoral sobre «La salvación del individuo en Spinoza» y surge su concepción de la razón poética, unidad de amor y conocimiento, que será el sustrato en toda su obra posterior. Y el 14 de abril se proclama la II República; María Zambrano, la *señorita tricolor*, como alguien la ha llamado, nos ha dejado un bellissimo testimonio de aquel día: «... Florecieron las banderas republicanas, florecieron no se sabía desde qué campo de amapolas o de tomillo. Hasta había perfume a campo, a campo de España. Y, entonces, todo fue muy sencillo: Miguel Maura avanzó con la bandera republicana en los brazos. La llevaba tiernamente, como se lleva un depósito sagrado, un ser querido. La desplegó y dijo simplemente: "Queda proclamada la República". Fue un momento de puro éxtasis». Recientemente se ha publicado un polémico trabajo de Andrés Trapiello: *Las armas y las letras*, donde se refiere pormenorizadamente la actividad de los intelectuales españoles en esta época de la República y de la trágica guerra civil del 36. Allí se nos cuenta, por ejemplo, el trabajo que llevaron a cabo un grupo de escritores, artistas y universitarios en una insólita experiencia de educación popular, las Misiones Pedagógicas, de las que formó parte María al lado de sus amigos Luis Cernuda, Ramón Gaya, Rafael Dieste, etc. Son frecuentes ahora las publicaciones de artículos y los ciclos de conferencias.

Durante el año 36 continúan estas publicaciones y conferencias fuera de nuestro país, tras su matrimonio con Alfonso Rodríguez Aldave, primero en

Cuba y después en Chile, donde su reciente esposo había sido nombrado secretario de la Embajada de la República; en el 37 regresan a España «precisamente por eso, porque la guerra está perdida». Comienza entonces la peregrinación dolorosa: Valencia y sus colaboraciones extraordinarias en *Hora de España*, Barcelona y el final trágico en enero del 39, la penosa salida de España. Breves estancias en París, Nueva York y La Habana son el prólogo de casi todo el resto de la vida de una mujer perpleja: el larguísimo exilio. Profesora en la Universidad de Morelia (México, 1939), conferenciante y residente más tarde en La Habana (1941, 1949-53), viajera hacia París a raíz de la muerte de su madre, separada ya de su marido (1946-49). En 1953 vuelve a Europa y se instala en Roma, donde vivió hasta 1964: «A María Zambrano la recuerdo, sobre todo, en su casa romana de la Piazza del Popolo, acompañada siempre por su hermana, la tan bella y discreta Araceli, e inundadas todas las habitaciones de su apartamento por un imparable deambular de los más dispares gatos, capaces de formar todos ellos juntos un completo arco iris gatuno. María, como siempre, llevaba una vida alejada, silenciosa, trabajando de manera incansable en su obra continuamente en marcha: quizá en aquel momento lo hiciera en *El sueño creador*» (R. Alberti: «Recuerdo de una vida alejada y silenciosa»).

En 1964 se trasladó, con Araceli, a una casa de campo de La Piéce, a orilla del lago Lemán, y poco después empieza a ser reconocida en nuestro país la importancia de su obra de la mano de jóvenes poetas (Ullán, Valente...) e intelectuales (Aranguren, en célebre artículo) que la visitan en su exilio como a una auténtica musa y la ponen en relación con su país, tan extraño para ella entonces. Araceli muere en 1972, y en 1978 deja su hermana la vieja casa de La Piéce y se instala en Suiza. «Lo primero que me fascinó de María Zambrano desde que la telefoneé, recién llegado a Ginebra, para confirmar la cita que teníamos apalabrada, fue su voz. La dulzura pícaro de su voz, como de una niña golosa de sabiduría, o, mejor aún, saboreadora de un delicado saber» (F. Savater: «En presencia de la voz de María Zambrano»). Sus relaciones con España se van haciendo más intensas y en 1981 llega el reconocimiento de sus paisanos con la concesión del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades; el diario *Pueblo*, Radio Nacional, la revista *Cuadernos del Norte*, le dedican números y programas especiales que la sitúan en un primer lugar de la vida cultural española. Numerosos congresos dedicados a su obra, que se va reeditando en este tiempo (Caracas, Sevilla, Almagro...), el nombramiento de hija predilecta por el Ayuntamiento de su pueblo, Vélez Málaga, etc., propician el regreso que se produce en Madrid, en 1984. Han sido 45 años de exilio exterior de una

mujer que parecía ahora un duende extrañado que volviera con ternura, para despedirse, a un mundo en el que nunca hubiera estado.

En 1988 se le concedió el Premio Cervantes de Literatura, y su fragilidad le impidió asistir a su entrega. Hasta 1991, año de su muerte, vivió en Madrid como una celebridad histórica, rodeada de una corte variopinta formada por admiradores reverentes, por oportunistas..., bajo el cuidado exquisito de su sobrino Mariano. Allí la visitó Andrés Trapiello: «Tiene cara de sabueso, los ojos son grandes y los párpados inferiores, sin pestañas ya, se le descuelgan formándole dos enormes bolsas llenas de arrugas. Una mirada triste de animal aplastado junto a la chimenea. Si uno fuera de la escuela zambranesca buscaría ahora semejanzas para esa mirada y le sacaría unas buenas frases a propósito del fuego, de la llama, del centro mismo del fuego...» (*Locuras sin fundamento*).

Después de su muerte sigue vivo el recuerdo de María Zambrano, la *presencia decisiva* de la que habló Cioran continúa entre nosotros como signo de independencia creativa y de conocimiento emocionado, *claro del bosque* apacible y luminoso en los rincones de la arboleda perdida.